

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES				DIRECTOR, FUNDADOR Y PROPIETARIO JUAN ECHEVARRIA Y ÁLVAREZ				PRECIO DE LAS INSERCCIONES				EN LAS PLANAS			
Mes Pesetas	Trimestre Pesetas	Semestre Pesetas	Año Pesetas					1. ^a Pesetas	2. ^a Pesetas	3. ^a Pesetas	4. ^a Pesetas				
En Grande	1250	450	8	18	Anuncios corrientes: la línea del cuerpo \$ Esquemas mortuorios: la columna \$ a dos a tres	1	0 ¹⁰	0'25	0'10						
En el resto de España	2	5	10	20		100	25	25	10						
En el extranjero	4	15	20	40		200	100	50	20						
COMUNICADOS DE 1. ^a A 5. ^a PESETAS LÍNEA, A JUICIO DEL DIRECTOR				Diario de la mañana, con los últimos telegramas y noticias de Madrid, Provincias y Extranjero				Imprenta: Manuel Paso, número 2, bajos							
Boletines y Anuncios: Septiembre, 2. ^a															

¿Cual sería ilegal que no hubiese elección

Opina el señor Martínez de Victoria que deben ser admitidas las renunciaciones.

Entiende el señor González Carrasco que lo indispensable es cumplir los preceptos legales, toda vez que no puede renunciarse al cargo de concejal.

Agrega que si se hubiesen aducido causas legítimas, entonces podría recurrir al Cabildo.

Expone el señor Martínez de Viteri que cuando la renuncia de don Antonio Tuset, dijeron los liberales que no debían cerrarse la puerta a quien quisiera ir. Dice el alcalde que da no resolver la renuncia de don José Salmerón podrá existir responsabilidad para el Ayuntamiento.

Interviene don José Díez de Rivera preguntando al alcalde por qué no da cuenta de la renuncia del señor Salmerón, presentada el día 15 de Junio.

Contesta el alcalde que no dió cuenta hasta que debió hacerlo, o le ordenaron que lo hiciese.

Manifiesta don Eduardo La Guardia que adoptado el acuerdo de que los renunciantes justificasen su actitud, debe insistirse sobre el particular, más que más teniendo en cuenta que aquellos renunciarían por creerse gravemente enfermos; pero hoy se alegran más de verse guenos (Risas).

Insiste el alcalde en que decida el Cabildo, pues los renunciantes no han contestado al oficio que les dirigió la alcaldía.

Y... son rechazadas de plano las cuncias, acordándose tenerlas por presentadas. El acuerdo recayó por unanimidad del Cabildo.

Dice el alcalde que siendo 19 las vacantes que existen en la Corporación sea, 18 en el turno de antigüedad, y del señor López de la Cámara, el sorteo debe circunscribirse a producir una vacante.

Extráñase don Felipe La Chica que la proposición esté firmada por concejal que hacía poco rato que le daban la legal era producir dos vacantes. Confiébase y eo de la conversación

Juan Sequera; pero no en el sentido que afirma don Felipe. Lo que dijo fué en serio no debían entrar los 21 canchales que seguirán al frente de sus cosas, sino los 5 que representan el distrito San Gil-San Pedro.

El señor Ortega Molina, escudado la ley, dice que son 19 las vacantes reependientes a la mitad de la Coración renovable, y una que se hará sorteo.

señor Fernández Limones, por carecer éstos de conocimiento (risas) atendiendo su juventud en política; mas califica su estupenda el del señor Sequero, hombre que batalla 30 ó 40 años en este campo.

Consigna el señor Fernández Limones que sus teorías políticas son las del alcalde, y las administrativas, las del

Manifiesto don Eduardo La Guardia que lo legal es que sean sorteados concejales para que cesen por el distrito San Gil San Pedro. Agrega que según artículo de la ley dice de un modo explícito que el cargo de concejal dura cuatro años, toda vez que la renovación

Don Miguel Pizarro da lectura a la proposición, firmada con su solo nombre. Dicha proposición abarca los puntos siguientes:

Segundo. Habiendo 18 vacantes naturales, por antigüedad y una extraordinaria, la del señor López de la

Leida la proposición en ayu-

El señor La Chica dice que si el Pizarro hubiera presentado su petición en el día de los idos, antes, la hubiera podido pasar; mas hoy, el día de pasar también... poru de castaño curo. (Risas).

El señor Pizarro solicita para su teatro el mismo terreno.

... como el mismo respeto que el guarda-
ro, de los señores concejales.

El mejor depurativo y refrescante de la sangre
65 años de éxito creciente son su mejor recomendación
Exigid siempre el nombre del Profesor Girolamo
Se vende en las principales farmacias y droguerías
Únicos agentes en España: J. URRALDE Y COMPAÑIA.—Moncada, núm. 26, Barcelona

BICARBONATAS MAGNÉSICAS

DEPÓSITO EN GRANADA

Presidente honorario. Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII

PROFESORA EN PARTOS CALLE DE ELVIRA, N.º 100

odas estas obras se hallan de venta en Granada
 Librería de Enrique Prieto, Mesones, 65

LOS TIROLESES
 Empresa tipografica establecida en Madrid
 OFICINAS
 Pomenores. 7 y 9, entrepuentes

Flejes Se venden en esta imprenta,
 Manuel Paso, 2 (bajos).

D.ª María Alhama Herrera PROFESORA EN PARTOS
Calle de Eliza, núm. 28

—Sergio, —dijo— estamos per-
—Aguardaba ahí, y lo he oído
—¿Qué vas a hacer? —exclamó
—fuera de sí.
—Lo primero alejarme, porque
—cometiendo aquí un solo instan-
—como una imprudencia.
—Y si yo me quedo, ¿qué diré a
—¿cuando entre?
—¿Tu marido? —dijo Panine con
—gura. —Te ama y te perdo-
—Lo sé, pero quedaremos sepa-
—para siempre. ¿Es eso lo que

—¿Y qué puedo yo hacer?—exclamó desesperado Sergio.—Todo se hunde alrededor mío. La fortuna, que ha sido el único objeto de mis esfuerzos, la pierdo; la familia que he desdenado, me abandona, y la amistad, a que he hecho traición, me anonada. ¿Qué me queda?

—¿Y mi ternura, y mi abnegación?—exclamó apasionada Juana.

—¿Crees que te dejaré solo? Preciso es partir. Tiempo hace que te lo decía y te negabas a hacerlo. Ha llegado el momento. Tranquilízate: la señora Desvarenes pagará, salvando tu reputación; en cambio le devuelves su hija. Nada te importa, puesto que me quieres y soy tu verdadera esposa, la que debe compartir tu vida. Recobro, pues, mis derechos, los pago con mi dicha; rompo todos los lazos que me sujetan, y uno mi suerte a la tuya. Nuestra común desgracia nos unirá más estrechamente que hubieran podido hacerlo las leyes.

—Piensa que conmigo tienes la esperanza, cari, de mi vida.—dijo Pa-

nine dominado por la exaltación de la joven.

—Mi amor te lo hará olvidar todo.

—¿No te pesará ni te arrepentirás?

—Nunca, mientras tú me ames.

—Vamos, pues,—dijo el Príncipe cogiendo en sus brazos a Juana embriagada de amor, y si la vida es demasiado dura...

—Entonces,—interrumpió Juana con brillantes ojos,—juntos nos refugiaremos en la muerte. Vamos.

Cerró Sergio la puerta por donde había salido Pedro, que era la única que comunicaba con las demás habitaciones, y cogiendo por la mano a su amiga se dirigió con ella al tocador. Púsose Juana un mantón de color oscuro y un sombrero, y sin llevarse dinero, ni alhajas, ni encajes, nada en fin de lo que provenía de Cayrol, bajó los peldaños de la escalera.

La obscuridad era profunda: Juana no había tomado ninguna luz para llamar la atención. A fin de

no hacer ruido alguno, tanteaban los escalones con la punta de los pies, reteniendo el aliento y palpitante el corazón. Al llegar abajo, alargó Juana la mano buscando el picaporte de la puerta que daba al patio; le hizo girar, pero la puerta no se abrió. Empujó, y el dintel de encima continuó inmóvil. Exhaló Juana una breve exclamación. Acercóse Sergio, empujó a su vez vigorosamente la puerta, pero no pudo abrirla.

— Está cerrada por fuera. — dijo en voz baja.

— ¿Cerrada? — murmuró Juana temblando. — ¿Cerrada por quién?

Sergio no respondió. Ocurrióle inmediatamente la idea de que el marido, en acecho, le había visto entrar y le cortaba la retirada. Silenciosos subieron la escalera, entrando en la habitación por el tocador.

Quitóse Juana el sombrero y el abrigo y se dejó caer sobre una butaca.

—dijo Sergio dominado por la ira.
Y se dirigió hacia la puerta de la galería.
—¡No, no abras!—exclamó Juana medio loca.
Y mirándola con terror, añadió:
—Acaso esté detrás de esa puerta.
En aquel momento, como si la voz de Juana evocase a Cayrol, pesados pies hicieron crujir el pavimento de la galería, y una mano intentó abrir la cerrada puerta. Sergio y Juana esperaron inmóviles.
—¡Juana!—dijo la voz de Cayrol por fuera, resonando lúgubremente en el silencio.—¡Juana, abre!
Y al mismo tiempo golpeaba imperiosamente con el puño la madera.
—Sé que estás ahí. ¡Abre!—añadió con rabia;—y si no obedeces, atente a las resultas.
—¡Vete! ¡Te lo suplico!—dijo Juana al oído de Sergio.—Baja la escalera, fuerza la puerta y nadie te impedirá el paso.
Después de tres segundos, algu-

—respondió Sergio.—Además, no quiero dejarte expuesta a sus violencias.

—No estás sola; oigo hablar,—gritó Cayrol fuera de sí.

Y empujando, añadió:

—¡Oh! yo romperé esta puerta.

Hizo el marido un esfuerzo terrible, y con la presión de su robusta espalda saltó la cerradura. Llegó en medio de la habitación, y Juana, sin temblar ya, se arrojó ante él.

Dió todavía un paso Cayrol; con sangre en los ojos miró al hombre que buscaba, y exhalando una imprecación horrible:

—¡Sergio! —exclamó.—¡Era él; debí sospecharlo! ¡No es sólo dinero lo que tú robas, miserable!

Horriblemente pálido Panine, avanzó hacia Cayrol a pesar de Juana, que estaba cogida a él.

—¡No me insulte usted, es inútil! Mi vida le pertenece; tómela. Estoy, cuando quiera, a sus órdenes.

Con espantosa risa dijo Cayrol